TERTULIANO

**EL APOLOGÉTICO**

10 No veneramos a vuestros dioses porque no son dioses

1. Decís: «No adoráis a los dioses ni ofrecéis sacrificios por los emperadores». Es lógico que no sacrifiquemos por otros, por la misma razón por la que no lo hacemos tampoco por nosotros mismos: definitivamente, no veneramos a los dioses. Nos acusáis de sacrilegio y de ser reos de lesa majestad. Esta es la máxima acusación; más aún, es toda la acusación; y ciertamente digna de ser conocida, si no nos juzgara ni el prejuicio ni la iniquidad, la una porque no tiene en cuenta la verdad y la otra porque la rechaza.

2. Hemos dejado de venerar a vuestros dioses desde el momento en que descubrimos que no lo son. Esto nos debéis exigir: que probemos que aquellos no son dioses y, por lo tanto, no han de ser adorados; en definitiva, deberían ser venerados si fuesen dioses. Los cristianos sólo deberían ser castigados, si constara que son dioses aquellos a los que no veneran por entender que no lo son. 3. Decís: «Pero para nosotros son dioses» . Apelamos y llamamos a vuestra conciencia:

que ella nos juzgue, que ella nos condene, si pudiera negar que todos estos dioses vuestros fueron hombres. 4. Pero si también ella lo niega, será refutada por los mismos monumentos de la antigüedad, de donde le viene el conocimiento de los dioses. De ellos dan testimonio hasta nuestros días tanto las ciudades en las que nacieron, como las regiones en las que dejaron huellas de sus acciones y en las que se demuestra que están sepultados.

5. ¿Voy ahora a pasar revista a cada uno de vuestros dioses, tantos y tan diversos, nuevos, viejos, bárbaros, griegos, romanos, peregrinos, cautivos, adoptivos, propios, comunes, machos, hembras, rústicos, urbanos, marítimos, militares? 6. También es inútil recordar los nombres: los recogeré en compendio; no para que los conozcáis, sino para que los recordéis, porque ciertamente parece que los habéis olvidado. Antes de Saturno nadie es dios entre vosotros; a él se remonta el origen de lo mejor y más conocido de la divinidad. Así, lo que ha de establecerse acerca del que es origen, se podrá aplicar también a su descendencia. 7. A Saturno, por lo que refieren los documentos, ni Diodoro el Griego, ni Thalo, ni Casio Severo , o Cornelio Nepote, ni otros comentaristas de semejantes antigüedades refirieron ninguna otra cosa que proclamarlo hombre. En cuanto a los hechos: en ninguna parte he encontrado datos más fidedignos que en la misma Italia, en la que Saturno se asentó después de muchas expediciones y después de una estancia en Atica, acogido por Jano, o Jane como dicen los Salios. 8. El monte que habitó se llamó Saturnio. La ciudad, cuyo recinto había trazado, aún conserva hoy el nombre de Saturnia. Finalmente toda Italia, tras el nombre Enotria, llevaba el de Saturnia. De Saturno provienen las tablillas de escribir y la moneda con imagen, por lo cual preside el erario público.

9. Ahora bien, si Saturno es hombre, ciertamente procede de un hombre; y porque procede de un hombre, no procede del cielo y de la tierra. Como eran desconocidos sus padres, fue fácil decir que era hijo de aquellos de los que también todos podemos parecer hijos. ¿Quien no llama padre y madre al cielo y a la tierra a causa de la veneración y del honor, o por aquella costumbre humana, por la que de los desconocidos o de los que aparecen inesperadamente se dice que vienen del cielo? 10. De Saturno se dice que es hijo del cielo, por aparecer en todas partes de forma repentina; como vulgarmente se les llama hijos de la tierra a aquellos cuyo origen es desconocido. No voy a insistir en el hecho de que entonces llevaban una vida tan ruda que la aparición de cualquier hombre desconocido les impresionaba como si fuera una aparición divina; aún hoy, ya civilizados, consagran como dioses a hombres muertos pocos días antes y enterrados en medio de luto público.

11. Ya basta de Saturno, aunque he referido pocas cosas. También demostraré que Júpiter es hombre e hijo de hombre; y después, que toda la serie de sus descendientes es tan mortal como semejante a su semilla

11 Tenéis que admitir que haya un Dios supremo que convierta algunos hombres en dioses

1. Porque no os atrevéis a negar que los dioses fueron hombres y porque habéis determinado afirmar que se hacen tales después de la muerte, vamos a reconsiderar los pasos que a esto condujeron. 2. Ante todo, tenéis que admitir necesariamente que haya un Dios supremo, propietario de la divinidad; y admitir que haya convertido algunos hombres en dioses. En efecto, ni ellos podrían atribuirse la divinidad que no tenían, ni otro otorgarla a los que no la tenían si él no la poseyera en propiedad. 3. Si no hubiera nadie que hiciera dioses, en vano presumís que los dioses son hechos eliminando al autor. Cierto que si ellos pudieran hacerse a sí mismos, nunca serían hombres, poseyendo ellos en sí mismos el poder de mejor condición.

4. Si existe uno que hace dioses, vuelvo al examen de las causas que pudieran inducir a convertir hombres en dioses. No encuentro ninguna, si no es que aquel magno Dios buscó colaboradores y ayudas para cumplir sus divinas funciones. Primero, es indigno que necesitara la ayuda de alguien, y menos aún de un muerto; más digno sería hacer un dios desde el principio, sabiendo que habría de necesitar la ayuda de un muerto. 5. Pero no veo que haya lugar para tal ayuda. Porque toda esta mole del mundo, sea no nacido ni hecho según la teoría de Pitágoras o sea nacido y hecho según la de Platón, ya desde su origen y de una vez por todas, fue encontrado perfectamente dispuesto, estructurado y ordenado por ser gobernado racionalmente. No pudo ser imperfecto lo que dio perfección a todas las cosas. 6. No había razón para esperar la acción de Saturno ni de los descendientes de Saturno. Insensatos son los hombres que no están seguros de que desde los orígenes las lluvias cayeron del cielo, las estrellas irradiaron, el sol y la luna iluminaron, los truenos rugieron y que el mismo Júpiter temió los rayos que ponéis en sus manos; del mismo modo que todo fruto brotó de la tierra antes de Libero, Ceres y Minerva. Más aún, había tales frutos antes del primer hombre 243, porque nada destinado a la conservación y sustento del hombre pudo ser introducido después de él. 7. Finalmente, se dice que los dioses encontraron lo necesario para la vida, no que lo inventaron. Pero lo que se encuentra, existió antes; y lo que existió no ha de ser atribuido al que lo encontró, sino al que lo creó; en efecto, existía antes de ser encontrado. 8. Por lo demás, si consideramos dios a Baco porque mostró la vid, mal se obró con Lúculo que fue el primero en dar a conocer a los romanos las cerezas del Ponto de Italia; ¡y no es consagrado dios, como autor de un nuevo fruto, ya que es quien lo da a conocer! 9. En definitiva, si desde sus orígenes el universo está perfectamente constituido y predispuesto según razón para realizar sus funciones, por esta parte no existe causa de elegir hombres para dioses: los empleos y poderes que distribuisteis entre ellos, fueron desde el principio los que hubieran sido aunque no hubierais creado estos dioses.

10. Pero os atenéis a otra causa, respondiendo que la colación de la divinidad tuvo como razón el remunerar los méritos. Venís a admitir entonces, según pienso, que aquel dios hacedor de dioses sobresale por su justicia: ya que, ni temerariamente, ni indignamente, ni por sola prodigalidad concede premio tan inmenso. 11. Quiero, pues, recensionar los méritos, por ver si son tales, que los transportaran al cielo, y no los sumergieran más bien en lo más profundo del Tártaro, que afirmáis, cuando queréis, como cárcel de penas infernales. 12. Pues allí suelen ser lanzados los impíos para con los padres, los incestuosos con las hermanas, los adúlteros con las casa-das, los raptores de vírgenes, los corruptores de niños, los que realizan la crueldad, los que asesinan, los que roban, los que engañan y todos los que se asemejan a algún dios vuestro, a ninguno de los cuales podréis probar libre de crimen o vicio, a no ser que neguéis que es hombre. 13. Pero, así como no podéis negar que fueron hombres, habréis de admitir que se verifican en ellos estas otras características que tampoco permiten creer que después fueron hechos dioses. Porque: si vosotros presidís los tribunales que han de castigar a los que se parecen a éstos; si los que sois honrados rechazáis el tratar, el hablar, la compañía de los malos y delincuentes, y, sin embargo, creéis que aquel Dios agregó a su majestad a los que son iguales a éstos, ¿por qué, entonces, condenáis a aquellos cuyos colegas adoráis? 14. Vuestra justicia es afrenta al cielo. Haced dioses a los más criminales de todos, para agradar a vuestros dioses. ¡Es un honor para ellos la consagración de sus iguales!.

15. Pero, por no volver sobre la consideración de semejante indignidad, ¡supongamos que hayan sido honestos e íntegros y buenos! ¡A cuántos hombres mejores dejasteis en los infiernos! ¡A un Sócrates por la sabiduría, a un Arístides por la justicia, a un Temístocles por el valor militar, a un Alejandro por la grandeza, a un Policrates por su felicidad a un Creso por su riqueza, a un Demóstenes por su elocuencia! 16. ¿Quién de vuestros dioses es más grave y sabio que Catón, más justo y luchador que Escipión? ¿Quién más sublime que Pompeio, más feliz que Sila, más abundante que Craso, más elocuente que Tulio? ¡Cuánto más digno del dios supremo sería haber esperado para asumir a éstos como dioses, ya que conocía de antemano a los mejores! ¡Y ahora se avergüenza de éstos, que musitan desesperados en los infiernos!

12 Nada puede padecer quien no existe

1. Dejo ya de considerar estas cosas, pues bien sé yo que por la misma verdad he de demostrar lo que no son vuestros dioses cuando muestre lo que son.

Porque solamente veo nombres de ciertos muertos antiguos. Escucho fábulas, y en ellas reconozco el origen de vuestros cultos. 2. En cuanto a las estatuas, ninguna otra cosa hallo sino la materia de la que son modelados también los vasos e instrumentos de uso común, o materias derivadas de aquellos vasos e instrumentos y cambiadas de destino por su consagración, con la licencia transfigurarte del arte; y, por cierto, ofensiva y sacrílegamente en la misma elaboración; de manera que nosotros, que precisamente somos torturados a causa de aquellos dioses, encontramos consuelo a nuestras penas en el hecho de que también ellos, para tener sus estatuas, han tenido que aguantar los mismos sufrimientos que nosotros. 3. En cruces y postes sujetáis a los cristianos: ¿qué estatua no se modela con arcilla superpuesta a una cruz y a un poste? El cuerpo de vuestro dios es consagrado primero en el patíbulo. 4. Con uñas de hierro laceráis los costados de los cristianos; pero todos los miembros de vuestros dioses representados en las estatuas, reciben el golpe más vigoroso de la azuela, del cepillo y de la escofina. A nosotros se nos corta la cabeza; antes del plomo, las soldaduras y los clavos, vuestros dioses están sin cabeza. Somos arrojados a las bestias; por cierto, las mismas que ayuntáis para Libero, Cibeles y Celestio. 5. Somos quemados por el fuego; esto también ellos, ciertamente desde la primera masa. Somos condenados a las minas: también de allí salen vuestros dioses. Somos relegados a las islas: suele suceder que también en alguna isla nace o muere alguno de vuestros dioses. Si por estas cosas queda constancia de alguna divinidad, ¡por lo mismo, los que son castigados quedan consagrados y los suplicios habrán de ser considerados como apoteosis!

6. Pero evidentemente vuestros dioses no sienten estas injurias y afrentas de su fabricación, como tampoco sienten los homenajes ¡Qué impías palabras, y qué sacrílegos voceríos! ¡Rechinad, espumad de rabia! Sois los mismos que dais vuestra aprobación a un Séneca que sermoneaba muchas veces, y más amargamente, sobre vuestra superstición. 7. Haced lo mismo con los que no adoramos las frías estatuas e imágenes totalmente semejantes a las de vuestros muertos, bien conocidas por los milanos, los ratones y las arañas: ¿no merece más alabanza que pena el repudio del error reconocido? ¿Puede considerarse que ofendemos a aquellos, de los que estamos totalmente seguros que no existen? Lo que no existe, nada puede padecer, precisamente porque no existe 262.

18 Los profetas y las Escrituras nos ayudan a conocer a Dios

1. Para que nos acercáramos más plena y profundamente tanto a él mismo como a sus disposiciones y voluntades, añadió la ayuda de la Escritura, por si alguno quisiera investigar sobre Dios, y hallar a aquel a quien se investiga, y creer a aquel a quien hemos hallado, y servir a aquel en quien se cree. 2. Porque desde el principio envió al mundo a varones dignos, por inocencia de justicia, de conocer y mostrar a Dios, inundados de espíritu divino, por el que predicaran que Dios es único, el que creó todas las cosas, el que formó al hombre del humus (pues éste es el verdadero Prometeo, que ordenó el tiempo en períodos determinados según leyes ciertas). 3. Por ellos reveló qué signos de su majestad en el juzgar se manifiestan por medio de lluvias, por medio de relámpagos. Por ellos reveló qué leyes estableció para merecer su favor, qué premios destinó para quienes las observaran y qué castigos para quienes las ignorasen o abandonasen. Por ellos reveló que El es quien, pasado este tiempo, ha de juzgar a sus adoradores para recompensarlos con la vida eterna, y a los malvados para castigarlos con el fuego igualmente perpetuo y permanente, después de haber resucitado a todos los difuntos desde el principio del mundo para, una vez restablecidos y hecho el recuento, distinguir a cada uno según su mérito. 4. También nosotros nos hemos reído de esto alguna vez; de los vuestros hemos sido: se hacen, no nacen los cristianos.

5. Los que hemos dicho predicadores se llaman profetas por el oficio de profetizar. Sus palabras, lo mismo que sus acciones prodigiosas, que realizaban para que se creyera en la divinidad, permanecen en los tesoros de las Escrituras; y éstas no están escondidas. Tolomeo 343, a quien llaman de sobrenombre Filadelfo, rey eruditísimo y versadísimo en toda literatura, emulando, opino, a Pisistrato en el estudio de las bibliotecas, entre otros documentos históricos, de fama bien merecida por su antigüedad o por algún otro elemento que suscita curiosidad, por sugerencia de Demetrio Falereo, el más versado de los gramáticos de entonces, al que había encomendado la prefectura, pidió también libros a los judíos, escritos propios y en su lengua, que tenían ellos solos. 6. De entre ellos salieron los profetas, que les hablaron siempre a ellos, es decir a la que era la familia de Dios por gracia otorgada a los padres 346. Se llamaban antes hebreos los que ahora se llaman judíos; por eso, tanto la literatura como el lenguaje se llaman hebreos. 7. Pero, para que no faltara el conocimiento de aquellos textos, acogiendo positivamente la petición de Tolomeo, los judíos le concedieron setenta y dos intérpretes, a los que también el filósofo Menedemo, defensor de la providencia, admiró por la conformidad de sus versiones. También os confirmó estas cosas Aristeo. 8. Hoy esos documentos, traducidos al griego, son exhibidos con los mismos textos hebreos de la biblioteca de Tolomeo en el Serapeo. 9. Pero también los judíos los leen públicamente. Libertad por la que pagan un tributo; normalmente se acercan a escuchar la lectura todos los sábados. Quien escuchare, encontrará a Dios; quien procure entender, será impulsado también a creer.

19 La suma antigüedad de las Escrituras garantiza su autoridad;

la garantiza aún más la fuerza de su verdad

1. La suma antigüedad reclama la máxima autoridad para estos documentos. También para vosotros es como una religión el afirmar la credibilidad por la antigüedad.

(Fragmento Fuldense)

1. La suma antigüedad garantiza la autoridad a las Escrituras. Porque el primer profeta, Moisés, comenzó su discurso por la formación del mundo y por la expansión del género humano. Después habló de la violencia del cataclismo que vengó la iniquidad de aquel tiempo. Vaticinó desde la antigüedad hasta el tiempo en que vivió. Posteriormente, por medio de sus gestas históricas, sacó a la luz imágenes de acontecimientos futuros. El fue quien estableció el orden de los tiempos, distribuido desde el principio, y fijó el cómputo cronológico del mundo. Precede en cerca de cuatrocientos años a la fecha en que aquel vuestro antiquísimo Danao se hubiera trasladado a Argos. 2. Vivió cerca de mil años antes de la guerra de Troya: por lo tanto, también anterior al mismo Saturno. En efecto, según la historia de Talo, en la que se relata que Belo, rey de los asirios, y Saturno, rey de los titanes, lucharon con Júpiter, se pone de manifiesto que Belo es anterior en trescientos veintidós años a la caída de Troya. Por medio de este Moisés también fue enviada por Dios aquella ley propia para los judíos. 3. Posteriormente vaticinan muchos acontecimientos otros profetas, también ellos más antiguos que vuestros libros; puesto que incluso el último que profetizó, o se adelantó un poco o por lo menos lo hizo al mismo tiempo que vuestros sabios y vuestros legisladores. 4. Efectivamente, Zacarías vivió en el reinado de Ciro y de Darío, tiempo en el que Tales, el más grande de los físicos, nada cierto sobre la divinidad respondió a las preguntas de Creso, ciertamente turbado por las voces de los profetas. Solon predijo al mismo rey el fin que había que intuir de su larga vida, no de otra manera que los profetas.

5. Por lo mismo, se puede ver que tanto vuestras leyes como vuestra literatura provienen de la ley y de la doctrina divina: lo que es primero, es necesario que sea semilla de lo que es posterior. Así que tenéis algunas cosas comunes con nosotros o afines a lo que nosotros tenemos. 6. De la palabra «sofía», se llamó filosofía al amor de la sabiduría; la simulación de la profecía dio origen al vaticinio poético. Los hombres, si algo de gloria encontraron, lo adulteraron para apropiárselo; también acontece a los frutos degenerar desde la semilla.

7. Me detendría aún en muchas pruebas de la antigüedad de las divinas Escrituras, si no fuera que mayor autoridad le viene dada por la fe en la fuerza de su verdad que por los anales de su edad. ¿Qué puede recomendar con más fuerza su testimonio si no es el examen cotidiano de los acontecimientos de todo el mundo, cuando las disposiciones de los reinos, cuando las caídas de las ciudades, cuando la extinción de las gentes, cuando el estado de los tiempos... corresponden en todo a lo que se preanunciaba mil años antes? 8. En esto se vigoriza nuestra esperanza, de la que os reís; y la confianza, que llamáis presunción, se corrobora. Porque es idóneo el reconocimiento de lo pasado para disponer la confianza de lo futuro: las mismas voces predicaron el pasado y el futuro, las mismas Escrituras nos revelaron ambas partes. 9. Uno es el tiempo en las Escrituras, que entre nosotros parece separarse. Así que todas las cosas que han de suceder, ya nos fueron probadas, ya que eran predicadas con aquellas que fueron probadas y entonces eran aún futuras. 10. Que yo sepa, también vosotros tenéis la Sibila como aquel apelativo de verdadera profetisa del Dios verdadero que fue usurpado permanentemente, más que otros, por los que parecían vaticinar. Vuestras Sibilas se aplicaron con mentira un nombre verdadero, lo mismo que vuestros dioses.

2. Así que todos los elementos y todas las materias: origen, cronología, las fuentes de cualquiera de vuestros antiguos documentos, muchas de vuestras gentes y ciudades insignes por su historia y de venerable memoria, los mismos caracteres de vuestra escritura, testimonios y guardas de los hechos, y (pienso que me quedo corto) vuestros mismos dioses, los templos, oráculos y ritos sagrados... son superados en siglos por el archivo de un solo profeta; archivo en el que parece guardado todo el tesoro de la religión judaica y por lo tanto también de la nuestra. 3. Si habéis oído hablar de Moisés, sabréis que es contemporáneo de Inaco el Argivo; precede en cerca de cuatrocientos años (total no le faltan más que siete) a Danao, antiquísimo también él entre vosotros; antecedió cerca de mil años al desastre de Priamo; también puedo decir que es quinientos años anterior a Homero, como dicen los autores que sigo. 4. Lo mismo pasa con los demás profetas: aunque posteriores a Moisés, ¿no es verdad que, incluso los más recientes de ellos, son anteriores a vuestros primeros sabios, legisladores e historiadores?

5. El exponer con qué cálculos cronológicos se pueden probar estas cosas no nos resulta tan difícil como enorme; y no sería una tarea ardua, sino de larga enumeración en este momento. Sería necesario indagar en numerosos documentos realizando prolijos cálculos con ayuda de los dedos; sería necesario acceder también a los archivos más antiguos: de los egipcios, de los caldeos, de los fenicios; 6. habría que consultar aquellos que nos suministraron noticias: por ejemplo, el egipcio Maneton y el caldeo Beroso, y también Jeromo el fenicio, rey de los tirios; tendríamos que examinar a los sucesores de los mismos: Tolomeo de Mendes, Menandro de Efeso, Demetrio Falereo, el rey Juba, Apión, Talo y quien a éstos aprueba en ocasiones y refuta otras veces, el judío Josefo, nacional reivindicador de las antigüedades judías; 7. también han de ser investigados los libros censales de los griegos para averiguar cuándo acontecieron los sucesos, con lo cual se esclarecerán las concatenaciones de los tiempos por las que se definan bien las cronologías; hay que peregrinar a las historias y libros de todo el orbe. Y sin embargo ya hemos aportado una parte de la prueba, cuando hemos presentado las fuentes que pueden demostrar nuestras afirmaciones.

8. Pero es más oportuno diferir la prueba, no vaya a ser que consigamos menos al apresurarnos o divaguemos excesivamente deteniéndonos demasiado tiempo.

21 Adoramos a Dios por Cristo

1. Pero como hemos sostenido que nuestro grupo de seguidores de Cristo está apoyado por antiquísimos documentos de los judíos, cuando es generalmente conocido, y también admitido por nosotros, que es mucho más reciente, ya que es del tiempo de Tiberio, quizá por este motivo sea conveniente discutir en torno a su situación a ver si a la sombra de aquella insignísima religión, ciertamente legítima, la nuestra esconde sus propias creencias; 2. principalmente porque, independientemente de la cronología, no estamos de acuerdo con los judíos en lo relativo a la abstinencia de ciertos alimentos, ni en lo que se refiere a días festivos, ni en el mismo signo del cuerpo que los distingue, ni tampoco en la denominación; y, sin embargo, el acuerdo con ellos sería conveniente si fuéramos servidores del mismo Dios. 3. Pero ya hasta el vulgo conoce a Cristo, ciertamente un hombre como los otros, al que juzgaron los judíos: por lo cual más fácilmente se nos puede tachar de adoradores de un hombre. Ciertamente, ni nos avergonzamos de Cristo, enorgulleciéndonos de llevar su nombre y de ser condenados por él, ni tenemos de Dios una concepción distinta de la de los judíos. Así que es necesario decir algo de Cristo como Dios.

4. Para los judíos todo era prerrogativa ante Dios, por la insigne justicia y fe de sus primeros padres: de donde floreció para ellos la magnitud de estirpe, la sublimidad de su reino y tanta felicidad proveniente de las palabras de Dios, por las que eran enseñados a merecer el favor divino y eran amonestados para no ofenderlo. 5. Pero la calamitosa situación actual de los mismos, aun-que ellos no lo confesaran, demostraría cuantos delitos cometieron, ensoberbecidos por la confianza en sus padres que les llevó a desviarse profanando su antigua disciplina. Dispersos, errantes, desterrados de su tierra y de su cielo, vagan por el orbe sin tener hombre ni Dios como rey; ni siquiera por derecho de extranjeros se les concede saludar su tierra patria, pisándola al menos esporádicamente. 6. Las mismas voces que los amenazaban con todas estas cosas preanunciaban a la vez que en los últimos tiempos, entre todas las gentes, pueblos y lugares, Dios se había de elegir adoradores mucho más fieles, a los que traspasaría una gracia más abundante por su capacidad de aceptar una ley superior.

7. Llegó, pues, Cristo, el Hijo de Dios, preanunciado por el mismo Dios como el que había de venir para reformar e iluminar aquella ley. El Hijo de Dios era anunciado como árbitro y maestro de esta gracia y disciplina, como luz y guía del género humano. Él ciertamente no fue engendrado de tal modo que tenga que avergonzarse del nombre de hijo o de su descendencia del padre. 8. No tuvo que soportar ser engendrado por un dios cubierto de escamas, cornudo o lleno de plumas, amante de Danae convertido en oro, hecho padre por incesto de la hermana, estupro de la hija o de cónyuge ajena. Esas vuestras debilidades humanas lo son de Júpiter. 9. Por lo demás, el Hijo de Dios no es hijo de madre como con-secuencia de deshonestidad; incluso la que se conoce que tenía, no se había casado. Pero se entenderá bien la cualidad del nacimiento, si antes explico su naturaleza,

10. Ya hemos dicho que Dios creó este universo mundo con su verbo, razón y poder. Incluso para vuestros sabios consta que el «logos», esto es la palabra y la razón, parece haber sido el artífice del universo. Zenón lo designa como el hacedor que formó y dispuso ordenadamente todas las cosas; y dice que se ha de llamar destino, dios, alma de Júpiter, necesidad de todas las cosas. Cleantes hace converger todo esto en el espíritu, y afirma que éste penetra el universo. 11. Nosotros adscribimos una substancia espiritual propia a la palabra, a la razón, lo mismo que a la fuerza, por las que dijimos que Dios hizo todas las cosas. En este Espíritu está la palabra cuando pronuncia, se hace presente la razón cuando dispone y el poder preside cuando remata la obra. Afirmamos que este Espíritu ha sido proferido por Dios y generado por la acción de ser proferido; por lo mismo, es afirmado Hijo de Dios, y Dios por la unidad de substancia: pues también Dios es Espíritu. 12. Lo mismo que, cuando el rayo se alarga del sol, es porción del todo 408; pero el sol está en el rayo, porque es rayo del sol y no se divide la substancia, sino que se dilata, como luz encendida de luz. Permanece íntegra e indeficiente la materia matriz, aunque se comunique su naturaleza por múltiples ramificaciones. 13. Así también lo que de Dios fue proferido, es Dios e Hijo de Dios, y ambos son uno. Así, del Espíritu proviene Espíritu; y de Dios, Dios; diverso en medida, es número (segundo) por grado, no por naturaleza; y salió de la matriz sin separarse de ella. 14. Así pues este rayo de Dios, como anterior-mente siempre se había predicho, desciende a una virgen y formado carne en su vientre, nace hombre conmixto a Dios. La carne forjada por el Espíritu se nutre, se desarrolla, habla, enseña, actúa y es Cristo. Aceptad por el momento esta «fábula» (es semejante a las vuestras), mientras mostramos cómo es probado Cristo y quiénes son los que entre vosotros han suministrado de antemano fábulas semejantes para destrucción de esta verdad.

15. Sabían también los judíos que había de venir Cristo, lo sabían aquellos a quienes hablaban los profetas. Aún ahora esperan su llegada y el mayor desacuerdo entre nosotros y ellos se refiere a que no creen que ya ha venido. Porque eran dos las venidas preanunciadas: la primera, que ya se cumplió en la humildad de la condición humana; la segunda, que resplandece al concluir el tiempo en la sublimidad del poder paterno recibido y de la divinidad manifestada; no entendiendo la primera, han estimado única la segunda, que esperaban como más manifiestamente predicada. 16. El que no entendieran la primera, fue merecido castigo de sus delitos: habrían de creer, si la hubieran entendido; habrían de conseguir la salvación, si hubieran creído. Ellos mismos leen que así está escrito: que son castigados con la privación de la sabiduría y de la inteligencia, e incluso del disfrute de ojos y oídos. 17. Era lógico que, a quien consideraban solamente hombre por su humildad, lo estimaran mago por su potestad. Poder que ejercitaba cuando expulsaba de los hombres a los demonios con sola su palabra, devolvía la vista a los ciegos, limpiaba a los leprosos, enderezaba a los paralíticos, finalmente con su palabra devolvía los muertos a la vida; incluso sometía a los mismos elementos, reprimiendo las tempestades y abriéndose, paso entre las olas. Con estos prodigios mostraba que El es aquel Hijo predicado en otro tiempo por Dios y nacido para la salvación de todos, aquel Verbo de Dios primordial, primogénito, acompañado de poder y de razón, sustentado por el Espíritu.

18. Con su doctrina refutaba a los maestros y a los jefes de los judíos. Por eso, de tal manera se exasperaban, principalmente porque a él confluía una ingente multitud, que finalmente lo entregaron a Poncio Pilato, por entonces procurador de Siria en nombre de los romanos, y forzaron con la violencia de los requerimientos que se le condenara a la cruz. El mismo había predicho que habían de obrar así; poco sería esto, si también los profetas no lo hubieran predicho anteriormente. 19. Y sin embargo, crucificado mostró muchos prodigios propios de aquella muerte. Puesto que espontáneamente exhaló el espíritu con la palabra, adelantándose al servicio del verdugo. En el mismo momento desapareció la luz del día, cuando el sol señalaba la mitad de su órbita. Lo consideraron un eclipse aquellos que desconocían que esto había sido predicho acerca de Cristo: no descubierta la razón, lo negaron; y, sin embargo, tenéis narrado este acontecimiento cósmico en vuestros archivos antiguos. 20. Entonces los judíos, tomado y depositado en el sepulcro, lo vigilaron con gran diligencia de custodia militar; para que los discípulos no retiraran furtivamente el cadáver y engañaran a los desconfiados, porque había predicho que al tercer día resucitaría de la muerte. 21. Pero al tercer día, sacudida de repente la tierra, apartada la mole que obstruía el sepulcro y dispersada por el pavor la guardia, no estando presente ningún discípulo, nada se encontró en el sepulcro fuera de las prendas de la sepultura. 22. No obstante, los principales de los judíos, a quienes interesaba divulgar el crimen y apartar de la fe al pueblo que les era tributario y les estaba sometido, lanzaron el bulo de que había sido sustraído por los discípulos. La verdad es que tampoco él se mostró públicamente, para que los impíos no fueran liberados del error, sino para que la fe, destinada a un premio no mediocre, se mantuviera firme en la dificultad. 23. Pero pasó con algunos discípulos unos cincuenta días en Galilea, de la región de Judea, enseñándoles lo que ellos habían de enseñar. Después, habiéndoles encomendado la misión de predicar por todo el orbe, envuelto él en una nube, fue arrebatado al cielo mucho más verdaderamente que entre vosotros los Próculos suelen asegurar de los Rómulos.

24. Pilato, también él en su conciencia ya cristiano, anunció todas estas cosas acerca de Cristo al entonces césar Tiberio. Pero también los Césares habrían creído en Cristo si, o los Césares no fueran necesarios al imperio, o si también los cristianos hubiesen podido ser Césares. 25. Pero los discípulos, diseminados por el orbe, obedecieron el mandato del maestro divino; también ellos, habiendo soportado muchas persecuciones por parte de los judíos, finalmente, fiándose de la verdad, con gusto sembraron en Roma sangre cristiana por la crueldad de Nerón.

26. Os mostraré ahora que son testigos idóneos de Cristo aquellos mismos a quienes vosotros adoráis. Considero muy importante que, para que creáis a los cristianos, pueda presentar a aquellos por los que no creéis a los cristianos. 27. Entre tanto, ésta es la historia de nuestra institución, éste es el origen del grupo y del nombre con su autor. Nadie lance ya la infamia, nadie piense que hay algo distinto de lo que profesamos, por-que a nadie le es permitido mentir acerca de su religión. Por el hecho de que alguien dice que adora a otro distinto del que adora, niega al que adora; así transfiere la adoración y el honor a otro, y, transfiriéndolos, ya no adora lo que negó. 28. Lo decimos, lo afirmamos abiertamente y lo proclamamos aun despedazados y ensangrentados por vuestros tormentos: «Adoramos a Dios por Cristo». Consideradlo hombre, que por él quiso Dios ser conocido y adorado. 29. Para responder a los judíos, diré que también ellos aprendieron a dar culto a Dios por medio de Moisés; para salir al paso de los griegos, diré que Orfeo en Pieria, Museo en Atenas, Melampo en Argos, Trofonio en Beocia obligaron a que los hombres hicieran las iniciaciones; para volverme también a vosotros, dominadores de los pueblos, os recordaré que fue un hombre, Pompilio Numa, quien cargó a los romanos con pesadísimas supersticiones. 30. Permítase también a Cristo revelar la propia divinidad, no para humanizar a los que todavía son rudos y salvajes, atónitos ante la gran multitud de númenes a los que han de servir, lo que hizo Numa, sino para abrirles los ojos y que lleguen al conocimiento de la verdad los que ya son civilizados y han sido conducidos a error por la misma civilización. 31. Preguntaos, pues, si es verdadera esta divinidad de Cristo. Si es tal que, una vez conocida, nos lleva a renunciar a la falsa, descubierta en primer lugar con toda razón aquella que, encubriéndose bajo nombres y figuras de muertos, pretende dar fe de su divinidad con signos, prodigios y oráculos.

22 Existen los ángeles y los demonios

1. Afirmamos que existen unas substancias espirituales. Su nombre no es nuevo: los filósofos hablan de «demonios», como muestra la atención de Sócrates al albedrío del mismo. ¿Qué. tiene esto de extraño, cuando se dice que el demonio se adhirió a él desde su niñez, para disuadirle completamente del bien? 2. Lo saben todos los poetas; y también la plebe indocumentada usa con frecuencia la maldición. En efecto, el vulgo, como por íntima intuición de su alma, también pronuncia con acento imprecatorio el nombre de Satanás, príncipe de esta estirpe perversa. Platón tampoco negó la existencia de los ángeles. Incluso los magos son testigos de que existen los ángeles y los demonios. 3. Pero de cómo, de algunos ángeles corruptos por su iniciativa, saliera la familia aún más corrupta de los demonios, condenada por Dios juntamente con los autores de la familia y con el que hemos llamado su príncipe, se nos da puntual noticia en las Sagradas Escrituras.

4. Será suficiente con exponer ahora algo de su actuación. Su tarea consiste en hacer caer al hombre; de manera que la malicia espiritual, desde el principio, ha procurado la ruina del hombre. A los cuerpos infligen indisposiciones y algunos accidentes crueles; y violentamente perturban el alma con repentinos y extraordinarios excesos. 5. Les favorece para acceder a una y otra substancia del hombre su admirable sutileza y tenuidad. Mucho les es permitido a las fuerzas espirituales, de manera que, siendo invisibles e insensibles, aparecen más en su efecto que en su acción; como cuando un no sé qué oculto vicio del aire precipita los frutos y cereales en flor, los mata en su germinación, o los hiere gravemente en su crecimiento; o cuando, como atacado por ciega razón, el aire derrama sus pestilentes emanaciones. 6. Así que, con la misma obscuridad del contagio, la respiración de los demonios y de los ángeles provoca también las corruptelas de la mente con furores y horribles demencias, o crueles deshonestidades y errores varios; de éstos el más importante es aquel por el que encomienda estos dioses a mentecatos y de mente estrecha, para procurarse los propios alimentos de vapor y de sangre dedicados a los simulacros e imágenes, 7. Y ¿qué alimento más selecto para ellos que el apartar al hombre de la meditación de la verdadera divinidad con los prestigios de la falsa adivinación?. Explicaré cuáles son y cómo actúan. 8. Todo espíritu es alado: tanto los ángeles como los demonios. Por lo tanto, en un momento están en todas partes. Todo el orbe es para ellos un único lugar; tan fácil les resulta saber qué acontece en cualquier parte como anunciarlo. La velocidad es tenida por divinidad, porque es ignorada su naturaleza. Así también a veces quieren parecer autores de aquello que anuncian. Y lo son abiertamente alguna vez de males, de bienes sin embargo nunca. 9. Incluso aprendieron las disposiciones de Dios cuando en otro tiempo predicaban los profetas; y las captan cuando ahora resuenan sus lecturas. De este modo, asumiendo de aquí ciertos pronósticos, emulan a la divinidad, mientras le roban la adivinación. 10. Pero con qué ingenio acomodan a los eventos las ambigüedades de los oráculos, lo saben bien los Cresos, lo saben bien los Pyrros.

Por lo demás, Picio anunció que una tortuga se estaba cociendo con carnes de cordero del modo que antes dijimos: en un momento se presentó en Lydia. Por su residencia en el aire, su vecindad de las estrellas y su comercio con las nubes conocen los fenómenos que se preparan en los cielos; de manera que prometan también las lluvias, que ya presienten. 11. Aportan beneficios de remedios para las enfermedades. Primero provocan el daño; después mandan remedios nuevos o contrarios 465, para que se crea que hacen un milagro; finalmente, se piensa que han curado, cuando en realidad, sólo han dejado de dañar. 12. ¿Para qué, pues, seguir hablando de los falsos milagros de estas fuerzas maléficas, que pronuncian oráculos y realizan prodigios, como la aparición fantástica de los Castores, o el agua portada en una criba, o la nave arrastrada por un cinto, o la barba que se vuelve rubia al solo tacto, de manera que se haga creer que las piedras son divinidades, para que no se busque al Dios verdadero?

46 ¿Qué hay de semejante entre el filósofo y el cristiano

1. Hemos argumentado consistentemente, según pienso, contra la acusación de todos los crímenes, que reclama la sangre de los cristianos; hemos hecho totalmente patente nuestra situación; hemos tratado de probar de todas las maneras posibles que es así como lo mostramos, tanto por la fe y la antigüedad de las divinas Escrituras, como por la confesión de las espirituales potestades. Quien se atreva a desmentirnos, no deberá hacerlo por arte de palabras, sino de la misma forma que nosotros hemos establecido la prueba, basándonos en la verdad.

2. Sin embargo, mientras nuestra verdad se hace manifiesta a cada uno, la incredulidad no la considera ciertamente obra de Dios sino un género de filosofía; aunque, por otra parte, ha de reconocer el bien que es este grupo de seguidores de Cristo, lo que ya se hizo patente por nuestras costumbres y por el intercambio con vosotros. Dice vuestra incredulidad: las mismas cosas aconsejan y confiesan los filósofos: la inocencia, la justicia, la paciencia, la sobriedad, la pureza.

3. ¿Por qué entonces, con quienes somos comparados acerca de la disciplina, no somos equiparados también en la libertad e inmunidad de la misma disciplina?

¿Por qué también ellos, como equiparados a nosotros, no son urgidos a las prácticas, por cuyo incumplimiento nosotros estamos en gravísimo peligro? 4. Pues ¿quién obliga a un filósofo a sacrificar, o a jurar, o a poner luces vanas delante de su casa en pleno mediodía? Más aún, ellos destruyen abiertamente vuestros dioses y también acusan en sus comentarios vuestras públicas supersticiones; y, sin embargo, cuentan con vuestras alabanzas. Muchos de ellos también ladran contra vuestros príncipes; y, sin embargo, cuentan con vuestro apoyo, y más fácilmente son remunerados con estatuas y salarios que condenados a las bestias. 5. Pero con razón; pues son llamados filósofos, no cristianos. Este nombre de filósofos no lo aborrecen los demonios. ¿Y por qué no? Pues porque los filósofos consideran a los demonios en el orden de los dioses. Es palabra de Sócrates: «Si el demonio lo permite». El mismo que, aún negando a los dioses, algo sabía de la verdad; y, ya al final de su vida, mandaba sacrificar un gallo a Esculapio, creo que en honor de su padre, porque Apolo canta a Sócrates como al más sabio de todos 6. ¡Qué Apolo desconsiderado! Testimonió la sabiduría de aquel varón que negaba la existencia de los dioses. Tanto odio genera la verdad, cuanto ofende quien la profesa sinceramente; en cambio, quien la adultera y la corrompe, con este nombre sobre todo consigue el favor entre los perseguidores de la verdad. 7. Los simuladores y despreciadores filósofos falsifican hostilmente la verdad; y, falsificándola, la corrompen, como quienes buscan la gloria; los cristianos la buscan necesariamente y la profesan íntegramente, como quienes procuran su salvación.

8. Por lo tanto, ni por la ciencia ni por la disciplina nos equiparamos, como decís, a los filósofos. ¿Qué respondió con certeza Tales, el príncipe de los físicos, a Creso que le preguntaba sobre la divinidad, terminada la dilación de deliberar que había procurado muchas veces? 9. Cualquier obrero cristiano encuentra a Dios y lo muestra; y después demuestra con su vida todo lo que se puede buscar en relación a Dios; aunque Platón afirme que no es fácil hallar al hacedor de todo y que, una vez encontrado, es difícil explicarlo a todos.

10. Si se nos provoca a hablar de la honestidad de costumbres, leo la parte de la sentencia ateniense contra Sócrates: se le condena como corruptor de menores. En relación al sexo, el cristiano ni cambia de mujer. Conocí que la meretriz Frines satisfacía el ardor amoroso de Diógenes 662. Oigo también que un tal Espeusipo, de la escuela de Platón, pereció en adulterio. El cristiano nace varón únicamente para su esposa. 11. Demócrito, cegándose a sí mismo, porque no podía mirar a las mujeres sin desearlas y se amargaba si no las poseía, confiesa la incontinencia con la enmienda. Pero el cristiano, salvando sus ojos, no mira a las mujeres: en su ánimo es ciego contra la libido. 12. Si he de defender algo de la probidad, he aquí que Diógenes, con un acto de soberbia, pisotea con sus pies enfangados los soberbios tapices de Platón; el cristiano ni siquiera en relación a los pobres es arrogante ni se ensoberbece. 13. Si vamos a discutir de la modestia, he ahí a Pitágoras que intenta ser tirano entre los turios y Zenón entre los prienenses; el cristiano, en cambio, no aspira ni a ser edil. 14. Si queremos considerar la equidad de ánimo, Licurgo optó por dejarse morir de hambre, porque los espartanos enmendaron sus leyes; el cristiano da gracias incluso cuando es condenado. En cuanto a la fidelidad, Anaxágoras denegó a sus huéspedes el depósito a él confiado; el cristiano es llamado fiel incluso por los extraños. 15. Si me fijo en la lealtad, Aristóteles hizo apartar torpemente del lugar que le correspondía a su familiar Hermias; el cristiano no daña ni a su enemigo. El mismo Aristóteles adula indecentemente a Alejandro, a quien debería más bien reconvenir; lo mismo que Platón se vende a Dionisio por causa de su glotonería. 16. Aristipo vive disolutamente, vestido de púrpura bajo apariencias de gravedad; Hipias es asesinado mientras conjura contra su ciudad. Ningún cristiano intentó jamás cosas semejantes para vengar todas las atrocidades cometidas contra los suyos.

17. Dirá alguien que también algunos de los nuestros se salen de la regla de la disciplina; para nosotros dejan de ser tenidos como cristianos; sin embargo, entre vosotros aquellos filósofos que realizan tales acciones siguen siendo enumerados y honrados como sabios.

18. Por lo tanto ¿qué tiene de semejante el filósofo y el cristiano, discípulo de Grecia el uno y del Cielo el otro, negociador de la fama el uno y de la vida el otro, operario de la palabra el uno y de los hechos el otro 675, edificador el uno y destructor el otro, falsificador de la verdad el uno y recuperador el otro, el que hurta la verdad y el que la guarda?

48 Cuando llegue el fin, será restituido todo el género humano

1. Vamos a ver: si un filósofo afirma, como dice Laberio que era doctrina de Pitágoras, que «un mulo revive en un hombre o una mujer en una serpiente» y en la defensa de esta opinión vuelca todos los argumentos con la fuerza de su elocuencia, ¿no provocará el consenso y la creencia, de manera que cunda la persuasión de que, por lo mismo, hay que abstenerse de los animales, no vaya a ser que compre carne de buey en el que reviva algún antepasado? Pero si un cristiano reafirma que el hombre volverá a vivir como hombre, que Gayo volverá a ser Gayo, inmediatamente se busca una vejiga de escarnio y será expulsado por el pueblo a pedradas más que con rugidos.

2. Como si la misma razón por la que defienden la transmigración de las almas humanas a cuerpos diversos, no exigiera que las almas han de ser retornadas a los mismos cuerpos, puesto que ser retornadas es ser lo que habían sido. Que si no son lo que habían sido, es decir revestidas de cuerpo humano y el mismo cuerpo, ya no serán las mismas que habían sido. Además, las que ya no serán las mismas ¿cómo se dirá que han vuelto? O, hechas otra cosa, no serán las mismas o, si permanecen siendo las mismas, no provendrán de otro cuerpo distinto del suyo.

3. Sería necesario mucho tiempo para entretenernos en muchas citas, si quisiéramos divertirnos tratando de saber quién parece haberse transformado en una determinada bestia. Pero nos preocupamos más de nuestra defensa, nosotros que proponemos que es ciertamente mucho más digno de crédito que el hombre vuelva a ser hombre, hombre por hombre, y sólo hombre: de manera que la misma cualidad del alma sea restituida, si no a la misma imagen, ciertamente a la misma condición. 4. Pero ya que la razón de la restitución es la decisión del juicio, necesariamente el mismísimo que había sido ha de ser presentado para ser juzgado por Dios del mérito del bien que ha hecho o de lo contrario. Por lo mismo, serán restablecidos también los cuerpos, ya que nada puede padecer o gozar el alma sola sin materia estable, esto es sin la carne; y, además, lo que ciertamente deben padecer o gozar las almas por el juicio de Dios, no lo merecieron sin la carne, dentro de la que hicieron cuanto hicieron.

5. Pero, dices, ¿cómo puede ser restaurada la materia una vez disuelta? Considérate a ti mismo, hombre, y encontrarás la razón de creer en esto. Reconsidera qué eras antes de que fueras. Ciertamente nada: lo hubieras recordado, si hubieras sido algo. Por tanto, tú que nada habías sido antes de que existieses, lo mismo convertido en nada cuando dejes de existir ¿por qué no puedes ser de nuevo de la nada, por voluntad del mismísimo autor, que quiso que existieras de la nada? 6. ¿Qué te sucederá de nuevo? Tú, que no existías, has sido hecho; y de nuevo, cuando no seas, serás hecho. Da la razón, si puedes, por la que has sido hecho; y entonces, busca la razón por la que serás hecho. Y, sin embargo, ciertamente serás hecho con más facilidad lo que fuiste alguna vez, ya que, del mismo modo, no fuiste hecho con dificultad lo que nunca fuiste alguna vez.

7. ¿Se dudará, quizás, de las fuerzas de Dios que, de aquello que no había sido, no menos que de muerte de vacío e inanidad sacó este inmenso cuerpo del mundo y lo animó con el espíritu animador de todas las cosas, haciendo de ello signo de la resurrección humana y testimonio de la misma para vosotros? 8. La luz se apaga cada día y de nuevo resplandece; a su vez, las tinieblas desaparecen y vuelven; los astros desaparecen y reviven; los tiempos empiezan donde se terminan; los frutos se consuman y vuelven; ciertamente las semillas no surgen más fecundamente si no es una vez corrompidas y descompuestas: todas estas cosas pereciendo se conservan, todas renacen desde su destrucción. 9. Tú, hombre, nombre tan grande, si te comprendieras a ti mismo aunque sólo fuera aprendiéndolo por la inscripción pítica, tú que eres señor de todos los que mueren y resurgen, ¿vas a morir para perecer? Resurgirás allí donde hayas sido disuelto: cualquiera que sea la materia que te haya destruido, succionado, absorbido, aniquilado, ella misma te devolverá. La nada es de aquel de quien es también el todo.

10. Por lo tanto, decís, ¿siempre hay que morir y hay que resurgir siempre? Si así lo hubiera destinado el Señor de las cosas, experimentarías, aun a tu pesar, la ley de tu condición. Pero no decretó nada distinto de lo que predijo. 11. Él es Sabiduría que, de la diversidad, compuso el universo; de manera que substancias contrarias constituyeron en unidad todas las cosas: vacío y sólido, animado e inanimado, comprensible e incomprensible, luz y tinieblas, la misma vida y la muerte. Del mismo modo conformó el tiempo con distinta condición, de suerte que esta primera parte, que vivimos desde el origen de las cosas, discurra con edad temporal hacia su fin; la siguiente parte, que esperamos, se prolongue por toda la infinita eternidad. 12. Cuando, pues, lleguen el fin y el límite, medio entre las dos edades, de manera que también se transforme la figura del mismo mundo igualmente temporal, que, a modo de telón, oculta ahora la disposición de eternidad establecida por Dios, entonces será restituido todo el género humano para dar cuenta de lo que en este tiempo mereció de bueno o de malo; y desde entonces ha de ser remunerado por la inmensa perpetuidad de la eternidad.

13. Así que ya no habrá muerte de nuevo y de nuevo resurrección, sino que seremos los mismos que ahora y no otros después; ciertamente los adoradores de Dios estarán siempre ante Dios, revestidos de la substancia propia de la eternidad; los réprobos, en cambio, y los que no pertenecen íntegramente a Dios serán condenados a la pena de un fuego inextinguible, teniendo por la misma naturaleza divina de dicho fuego, el suministro de la incorruptibilidad. 14. También los filósofos conocieron la distinción entre este fuego misterioso y el fuego común. Así es muy distinto el que se emplea para uso humano del que aparece por el juicio de Dios, bien estallando rayos del cielo, bien irrumpiendo de la tierra por los vértices de los montes; pues éste no consume lo que quema sino que repara mientras destruye. 15. Por eso permanecen los montes, aunque están ardiendo siempre; y quien es fulminado por el rayo queda a salvo, de manera que ya no será convertido en cenizas por ningún otro fuego: esto será testimonio del fuego eterno, ésta la imagen de la condena que prolonga eternamente la pena. Los montes arden y duran: ¿qué pasará con los malvados y enemigos de Dios?

Saturno (mitología), en la mitología romana, antiguo dios de la agricultura. En leyendas posteriores se lo identifica con el dios griego Cronos, quien, después de haber sido destronado por su hijo Zeus (en la mitología romana, Júpiter), huyó a Italia, donde gobernó durante la edad de oro, un tiempo de paz y felicidad completas. Durante las fiestas llamadas saturnales, cada 17 de diciembre se rememoraba la edad de oro durante siete días. Todas las actividades se suspendían y se postergaban ejecuciones y operaciones militares. Era un periodo de buena voluntad, dedicado a los banquetes y al intercambio de visitas y regalos. Un rasgo peculiar de este festival era la libertad que se daba a los esclavos, quienes durante este tiempo ocupaban el sitio preferencial en la mesa familiar y eran servidos por sus amos.

Saturno era el marido de Ops, diosa de la abundancia. Además de Júpiter, que era soberano de los dioses, entre los hijos de Saturno figuraban Juno, diosa del matrimonio; Neptuno, dios del mar; Plutón, dios de los muertos y Ceres, diosa de los cereales. En el arte, se suele representar a Saturno con barba, sosteniendo una hoz y una espiga de trigo.